

las reclamaciones de Saligny sobre el crédito de Jecker, que no puede ménos de llamar él mismo exageradas; de la proteccion dada á Almonte, y de la hipótesis de un régimen monárquico con el archiduque de Austria. Sostiene que no pueden invocarse de buena fé para explicar el abandono en que se dejó á la Francia, porque en nada se oponian al objeto principal de la empresa.

Aplomo especial se necesita para proclamar, no ménos que para aplaudir, semejantes dislates. La exageracion en las reclamaciones les quitaba el carácter de justicia de que debian estar revestidas: la proteccion á un conspirador era un atentado enorme contra el gobierno que se acababa de reconocer: el establecimiento de la monarquía, con el agregado de la imposicion del soberano, era un ultraje horroroso á la independendencia del pueblo, cuya voluntad se habia ofrecido acatar. Nada de esto era secundario; todo era sustancial, esencial, vital. El objeto principal y el secundario de la empresa, desaparecian ante la nueva política francesa, con la que se rasgaba de arriba á abajo el convenio de Londres.

David llega en su ceguedad hasta acusar á los comisarios franceses de haber carecido de energía, mientras su gobierno ha permanecido firme en la linea de conducta que se trazó. Ni esto siquiera es cierto. El gobierno frances ha caminado, como de costumbre lo tiene, de proyecto en proyecto, de contradiccion en contradiccion, en la cuestion de México. Al acuerdo prévio de las tres naciones, ha sustituido la inspiracion caprichosa de su perenne incertidumbre.

De las diversas tentativas hechas con el objeto de procurar la union de todas las repúblicas hispano-americanas, deduce el diputado imperialista, que la cuestion mexicana afecta los intereses de la Francia y de la Europa en el Nuevo Mundo. Mas recta todavía nos parece la consecuencia de

que afecta los intereses de los pueblos americanos, destinados á figurar en los actos segundo y subsecuentes del drama.

Vuelve David, despues de esta explicacion, á examinar la conducta de las tres potencias.

Inculpa á la Inglaterra de haberse decidido á la expedicion de México, solo por evitar que la España se presentase sola, y con la mira secreta de desembarazarse en primera oportunidad del tratado de 31 de Octubre, para adquirir en las Américas una influencia provechosa á su política de intereses materiales. La perseverancia francesa, que subordina el lucro á los principios de civilizacion y de moral, ha burlado esos cálculos de la diplomácia inglesa, mas exigente cuando está sola.

El panegirista de Napoleon recuerda la importancia excepcional de las ofensas de España, habla de las supuestas contradicciones del general Prim, menciona las fiestas con que solemniza México su independendencia, repite lo de las banderas españolas existentes en la catedral metropolitana, califica de nacional el odio á los antiguos dominadores del país, no olvida la expulsion del embajador Pacheco. Quéjase de que, á pesar de semejantes antecedentes, abandonase al frances el ejército español por culpa del conde de Reus, tercer plenipotenciario español que falta á sus instrucciones, para hacer mas ruido que otra cosa.

Solo la Francia, siempre, segun el baron orador, ha obrado en regla, obligada por el deber y la fidelidad al objeto convenido. Ha venido á México á buscar seguridad para las personas y las propiedades con un gobierno estable y regular. No puede saberse aún cuánto tiempo permanecerá aquí el ejército frances figurando en los acontecimientos ulteriores del país. Pero las dificultades por vencer serán ligeras al lado de las superadas ya. Con la ocupacion de la ca-

pital, la de Puebla y la de los puertos, la república quedará sometida. La presencia en México de las tropas imperiales, será un acto de represion enérgico y saludable, que se hará sentir en todo el Nuevo Mundo. El comercio francés se multiplicará: los emigrantes franceses llevarán libres de todo temor el genio nacional á los desiertos americanos, sin que en esto haya poesía ni quimeras: se devolverá al roce social una parte importante del globo, cuyas riquezas son estériles en la actualidad: se sabrá que la Francia protege á sus súbditos con tanto empeño como la Inglaterra, para que no sean como esos vasallos de Oriente, que abrigan sus fortunas y sus cabezas bajo protectorados extranjeros. Por estas consideraciones la expedicion es meritoria, y el ejército francés está sirviendo á la causa de la humanidad, del derecho y de la civilizacion.

Para acabar con el baron Gerónimo David, encarguémosnos de estas sus últimas apreciaciones.

La mala fé que se atribuye á la Inglaterra ha consistido: en haber exigido que se consignara en el tratado tripartito el principio de no intervencion; en no haber mandado tropas que se internaran en México, para derribar al gobierno existente; en haberse opuesto á un ultimatum en que se exigian veintisiete millones de pesos, contra toda justicia, sin mas título que el de la fuerza, por reclamaciones que David mismo, y es cuanto hay que decir, ha calificado de exageradas; en haber aprobado los preliminares de la Soledad, contrariando así las miras ambiciosas del gobierno imperial; en no haber coadyuvado al atentado indisculpable con que se faltó en Orizava á los compromisos mas solemnes. Ni sombra de dolo se descubre en esos actos, arreglados estrictamente á las leyes internacionales. La Inglaterra, pues, ha procedido en México con nobleza y lealtad, respecto de los

hechos referidos. Advertiremos que esta justa confesion no envuelve un elogio general de la política observada comunmente por la mencionada potencia, ni de la que con frecuencia ha seguido con nosotros mismos, ni tampoco de la que sucedió al rompimiento de Orizava, pues en esta parte merece el cargo de debilidad, por no haber reclamado la violacion de un convenio solemne, con la que se le faltó á ella tanto como á nosotros.

La estudiada recopilacion de los supuestos agravios inferidos á España, no es otra cosa que el resúmen de los discursos de Bermudez de Castro y el marqués de la Habana, de Mon y Rios Rosas. Habiéndonos ocupado tan reciente y extensamente en refutarlos, no queremos fatigar á nuestros lectores con repeticiones innecesarias.

Las aduladoras alabanzas al gobierno imperial, no han podido venir en peor ocasion que cuando ya la conciencia universal ha fallado en contra de sus planes atentatorios. Ese gobierno, á quien se pinta subordinando el lucro á los principios de moral, es el mismo que ha pedido doce millones por reclamaciones no examinadas, confesando que su importe no puede llegar á tanto; el mismo que ha exigido quince millones por el negocio de Jecker, á pesar de haber confesado tambien que ni siquiera lo conoce ó comprende.

El objeto convenido por las tres potencias, quedó completamente olvidado por la Francia, al proponerse otro de todo punto diverso. La seguridad de las personas y propiedades no la autoriza para cambiar las instituciones del país, ni para poner y quitar gobiernos, empresa mas dificultosa de lo que ha creído, y cuyos gravísimos inconvenientes ahora es cuando comenzará á palpar, no obstante la abundancia de medios de trasporte, el ferrocarril proyectado, la salubridad de las nuevas regiones en que han acampado sus

fuerzas, y la emulacion y celo de todos los servicios. Entre los tropiezos no calculados, hay que contar el que no estén los franceses en esta capital á los dos meses de pronunciado el discurso de David, para quien el negocio era obra de unos cuantos dias.

Si se trata de una invasion duradera ó de una conquista formal, muy larga va la permanencia aquí del ejército enemigo. La ocupacion de México no basta para la dominacion de la república, como acaba de probarlo elocuentemente la guerra de la reforma, episodio que sin duda desconoce el baron David, á pesar de picarla de instruido en nuestra historia.

El atentado cometido con nosotros, lejos de producir los benéficos resultados que se anuncian, será el toque de alarma para las demas repúblicas nuestras hermanas, y convertirá en odiosa la hasta aquí agradable presencia de los súbditos de una nacion, que paga con invasiones piráticas la mas generosa hospitalidad.

David trata de resucitar la caballería andante que Cervantes mató; quiere convertir á la Francia en un D. Quijote, que salga por esos mundos de Dios á desfacer entuertos, á proteger doncellas desvalidas y princesas perseguidas por malignos encantadores. La tutela con que se amenaza á los pueblos débiles, estaria mejor empleada en la casa propia, donde el régimen del despotismo está acabando con las grandes conquistas intelectuales y morales, alcanzadas á costa de inmensos esfuerzos. El orden, la civilizacion, la gloria, son las palabras que sirven de máscara para disfrazar el principio de intervencion, que solo Rios Rosas se ha atrevido á defender abiertamente en el congreso español. El oro frances, con que los pobres de Normandía quedarían tan beneficiados; la sangre francesa, derramada para destruir la

libertad de un pueblo soberano, deberían escatimarse hasta el último centavo, hasta la última gota, en vez de emplearlos tan mal.

Lo de la causa de la civilizacion, el derecho y la humanidad, cosa es que ya en realidad empalaga, como final obligado de las altisonantes cartas particulares é instrucciones oficiales del emperador; de los sofisticos discursos del ministro sin cartera; de las mil y una proclamas del general Forey; de los panegíricos aduladores de David y otros oradores de su calaña. Basta ya, basta, señores, de charla tan desatinada: suprimid por caridad esa hojarasca, que no sirve ya para ocultar vuestra impúdica desnudez: dejad esas palabrotas para tema de los estudiantes de retórica, en cuya boca no correrán al ménos el peligro de estar como en las vuestras, ántes, despues y siempre en flagrante contradiccion con los hechos mas abominables.

#### DISCURSO DE FAVRE.

El ilustre tribuno hubiera deseado no hacer uso de la palabra sino despues de Billault; pero se vió obligado á hablar ántes que el órgano del gobierno imperial.

Refiriéndose al discurso del preopinante, dijo que los puntos que habia tocado eran en la discusion de una importancia secundaria, por no afectar la esencia de la cuestion, ni que Juarez tuviera ó no sobre sí culpas graves, ni que sea popular ó impopular en México, ni que la Inglaterra haya ó no obrado con altanería y perfidia, ni que la España haya desgarrado, ó no, el tratado de Lóndres.

Tampoco estuvo conforme con el programa encaminado á empeñar los intereses y fuerzas de la Francia en lejanas

aventuras, para abrir salida á la actividad humana, cuando pueden ser tan necesarios al país en cosas verdaderamente importantes, sus tesoros y sus soldados.

Mas aun en el caso de que fueran lícitas y meritorias esas locas empresas, resultaria siempre de distinto género la de la expedición á México, segun las explicaciones oficiales con que se anunció, las cuales, como recordó oportunamente Julio Favre, la representaban únicamente destinada á la reparación de agravios, á la consecucion de garantías. Estos antecedentes fundan contra el gobierno imperial la acusacion de deslealtad y de perfidia.

Triste comprobacion de la influencia terrible de la calumnia, es ver á un hombre tan justificado como Julio Favre, dar por ciertos los ultrajes de que se ha supuesto víctimas á los franceses en México. Si en vez de imputaciones vagas se descendiera á casos determinados, se advertiria desde luego la mala fé con que se han exagerado hechos escasos en número, de corta importancia, de pronta represion, de inmensa utilidad para los agraviados. No ya en tiempo de paz, en que han medrado asombrosamente los franceses: no tampoco en épocas de guerra civil, en que pocos ó ningunos perjuicios han experimentado, sino en el período que llevamos de lucha con la Francia, en la terrible crisis en que ha desarrollado un profundo sentimiento de indignacion la invasion pirática de nuestro suelo, esos franceses han sido tratados con una dulzura, con una generosidad, que serán para México un perpétuo timbre de honor. El país que así se conduce con ellos cuando los ve ya como enemigos, desmiente con hechos irrefragables las inculpaciones que se le hacen de haberlos ultrajado cuando como amigos los consideraba.

Aunque preocupado Favre con el número y la importan-

cia de los agravios hechos á sus compatriotas, advirtió que las reclamaciones dirigidas al gobierno de Juarez, nacia de causas anteriores á su establecimiento en la capital, y correspondientes en gran parte á la administracion reaccionaria que usurpó aquí el poder.

El orador entró con este motivo en explicaciones históricas, incurriendo en varios errores, como es costumbre en Europa hasta en los hombres mas ilustrados, tratándose de nuestros asuntos. Así, por ejemplo, dijo que por haber sido combatida á mano armada la eleccion de Juarez para la presidencia, se vió en la necesidad de fugarse. Así tambien aseguró que habia sido larguísima su peregrinacion en los Estados- Unidos.

Aplaude Julio Favre que Francia, Inglaterra y España se hubieran puesto de acuerdo para obtener por la fuerza el respeto á los tratados infringidos; pero llama quimera la hipótesis salida del cerebro de los emigrados mexicanos, segun la cual, luego que se presentase una fuerza extranjera imponente, sería Juarez abandonado de todos los suyos y reemplazado con un gobierno nuevo. Advierte ademas muy cuerdamente, que si al elemento mexicano se sustituia el elemento mexicano, no alcanzaban las potencias interventoras las garantías que buscaban; y si se introducía el elemento extranjero, se daba cabida á un germen activo de disolucion en una nacion orgullosa de sí misma como la mexicana.

Bajo el imperio del engaño en que se habia hecho caer á los negociadores, suponiéndose que los soldados extranjeros serian recibidos con coronas de flores, se pensó en levantar un trono en México para el archiduque Maximiliano. Amargamente se quejó Julio Favre de que al cuerpo legislativo, que dispone de la hacienda y tiene derecho de hacer advertencias al poder, se le hubiera ocultado tal proyecto, ó mas

bien, negado su existencia. Dedujo de aquí, que ó guardó tan bien el secreto el ministro de negocios extranjeros que nada sabia su compañero sin cartera, ó habia faltado este á la verdad, engañando á la cámara. Como en corroboracion de esta disyuntiva fueron leidas las aseveraciones de Billault y las notas oficiales de Thouvenel; el argumento quedó sin respuesta satisfactoria.

De la discordia que separó de la Francia á la España y á la Inglaterra, saca dos consecuencias el orador: la primera, que eran exageradas las violencias cometidas con los extranjeros en México, pues de otra suerte no habrian visto las dos últimas potencias con desden el peligro de las vidas y haciendas de sus nacionales: la segunda, que al continuar solo el gobierno imperial una expedicion aventurera, ponía en claro los motivos reales que lo impulsaban, y que deben oponerse á los motivos aparentes, únicos conocidos de la cámara.

¿Cuáles son los primeros? El orador los va enumerando por su orden.

Comienza por el de la instalacion de Almonte, para la cual se hacia la Francia cómplice de la emigracion mexicana, que desertando los verdaderos principios de la nacionalidad, apela al extranjero para recobrar un poder perdido. El resultado de ese paso en falso, ha sido la reunion de todos los mexicanos para oponerse á la expedicion francesa.

Favre considera el ultimatum de Saligny de ejecucion imposible. Llama ligereza deplorable, para no emplear un término mas severo, el modo con que se ha conducido este negocio, en el que se empezaba por reclamar doce millones de pesos, suma exagerada aun á los ojos del ministro de relaciones del imperio. Laméntase con profunda indignacion de que la Francia, que tiene detras de sí un ejército, haya

pedido sesenta millones de francos, con la conciencia de que no podian llegar á tanto los créditos de sus nacionales, aun comprendiendo los no convencionados.

Acerca del artículo relativo á Jecker, manifiesta su sorpresa de que se haya amenazado por primera vez con la guerra, por un negocio puramente privado, y conocido como vergonzoso por cuantos han habitado en México. Sostiene con gran fuerza de lógica, que no era permitido ignorarlo al ministro de negocios extranjeros, bien que en la expedicion á México se ha obrado con tal atolondramiento, que eran desconocidos los hombres, las cosas, las realidades que estaban en juego.

En este terreno, bien favorable para el defensor de una buena causa, truena Favre con elocuencia irresistible contra el gobierno imperial, condenado irremisiblemente por sus propias confesiones. “No es permitido—exclama el justiciero orador—empeñar negociaciones sobre incertidumbres, sobre hipótesis, sobre cifras que el menor exámen hará desvanecer, y quizas hundir bajo la reprobacion de la conciencia pública. La guerra no es un juego entregado á los caprichos de una vana ambicion; cuando se empeña, cuando se lanzan flotas mas allá de los mares, cuando se priva á la patria de sus hijos y de su dinero, es preciso saber lo que se quiere hacer y lo que se quiere pedir.” ¿Qué pudiéramos añadir nosotros á esos cargos incontestables, expresados con la noble vehemencia de un corazón recto, lastimado por la iniquidad?

Tras de ese desahogo de moralidad entra el probo diputado á examinar el negocio de Jecker, calificado por el representante de Inglaterra de robo manifiesto al público y al gobierno mexicano. Cuenta que el banquero suizo llegó pobre á este país, en el que adquirió una gran fortuna, he-

cho que prueba la facilidad de medrar en donde se supone que los intereses de los extranjeros son siempre sacrificados. Comprometida luego la casa de Jecker por empresas temerarias, buscó el modo de levantarse en una combinacion con Miramon, exhausto tambien de dinero, á pesar de haber acuñado moneda con la religion, segun la costumbre del partido ultra-clerical. Entre los asignados con que han inundado á México las diversas administraciones que ha tenido, figuraban los bonos Peza, que circulaban en el mercado al 6 por ciento. La combinacion, pues, consistió en recibir estos bonos al curso nominal, siempre que se refaccionaran con 25 por ciento en numerario, y en emitir en su lugar quince millones de pesos en papel moneda, garantizados por el gobierno con el reembolso al cabo de cinco años, por medio de anualidades. La casa Jecker, encargada de la emision, tenia una utilidad de 3.750,900 pesos: cobraba ademas una comision de 20 por ciento, que ascendia á otros 750,000; y el dinero quedaba en su poder como garantía del crédito, con el pretexto de que ella debia pagar los réditos de cada semestre. Resultaba de la operacion, que se negociaba un empréstito con el 90 por ciento de descuento. Pero en la tesorería de México no entró lo que debia percibir, pues 1.490,428 pesos que recibió, fueron en dinero, bonos de diversas clases, órdenes, créditos y vestuario. De los quince millones emitidos, mas de catorce quedaron en poder de Jecker, que no logró negociarlos.

Se conoce que Julio Favre ha estudiado este negocio, en cuyo relato no incurre sino en ligeras inexactitudes, de las que creemos oportuno señalar las principales. Los bonos Peza se emitieron en 1858. En el mercado llegaron á circular hasta al medio por ciento. La comision cobrada por la casa Jecker era de 5 por ciento. El rédito de 6 por cien-

to estaba garantizado á medias por la casa y por la misma tesorería general.

A la consignacion de los hechos sigue su apreciacion. El diputado opositor se lamenta de que por un asunto semejante se derrame la sangre de los soldados franceses y de los soldados mexicanos; siente que sean esas las lecciones de moral y de civilizacion que va á dar al mundo la Francia.

Sobre la cuestion relativa á saber si Jecker conserva los bonos ó los ha hecho pasar á otras manos, su correspondencia interceptada da á entender que le han servido para ganar el apoyo de altos personajes y funcionarios. Punto es este que, en concepto del orador, debia el *Moniteur* desmentir oficialmente; pero nosotros creemos que las declaraciones oficiales son ineficaces para desvanecer la verdad de las cosas.

La naturalizacion de Jecker es inexplicable para Favre, como que lo hace ciudadano frances, cuando ya se habia revelado que sus créditos encubrian una verdadera estafa; pudiéndose inferir de aquí, que se ha dado auxilio á una reclamacion dañada. Tal consideracion obliga al gobierno frances á disipar las tristes sombras que se ciernen sobre la probidad de sus agentes, por no ser posible que pase impunemente en la vida pública, lo que en la privada seria castigado por las leyes y los tribunales.

Por la justa repugnancia de la Inglaterra y de la España á hacerse solidarias de un ultimatum inadmisibile, se resolvió la guerra, en la que no se proveyó á las tropas del material y de los medios necesarios para que pudieran triunfar fácilmente.

La conducta del gobierno imperial vuelve á ser severamente condenada por el orador, en razon de estar en pugna con el respeto debido al sufragio universal, principio que e mismo gobierno proclama á todas horas. Una vez que Mé-

xico ofrecía garantías, no había necesidad de derribar á Juárez. Esta empresa, además, no ha sido tan sencilla como se pintaba, al afirmarse que se realizaría con un soplo, con la simple presencia de las legiones francesas. La sangre ha corrido sin fruto, y el resultado probará que es una ilusión creer que se va á levantar sobre la arena un edificio sólido.

Como los ministros imperiales no dijeron toda la verdad á la cámara cuando se les interrogó, se han visto después obligados á completarla como han podido. Han agregado, pues, que se quería resistir á la América del Norte, cuando por el contrario, se la llama, cuando se va á crear en la América del Sur un punto que llegará á ser el campo de batalla donde se encontrarán los Estados-Unidos y la Europa.

Recuerda Favre que el año pasado aconsejó que se pusiese término á una expedición infaustamente emprendida, sin que supusiese entonces que las tropas francesas hubieran sufrido un descalabro por haberse estrellado en número insuficiente, contra murallas de granito.

Aunque en lo general el discurso de Favre descansa en raciocinios tan sólidos, que hacen inútil todo comentario, y por eso con frecuencia nos limitamos á extraerlo; cuando se le tocan ciertas fibras, se acuerda de que es francés, y sufre entonces momentáneos descarríos. Solamente así se explica que atribuya el desastre de Lorencéz á causas cuya falsedad es patente. El número de los soldados de ese general no era insuficiente, si con esa palabra se quiere dar á entender que había superioridad numérica en la fuerza que lo venció. Las murallas de granito fueron, reduciendo esa expresión poética á su prosaica realidad, unos cuantos montones de tierra levantados á la carrera la noche anterior al combate, y que no privaron á nuestros soldados de la gloria de

pelear á pecho descubierto contra esos franceses pródigos de su existencia, á quienes se cuenta que nada les resiste.

El orador, extraviado instantáneamente, recobró en el acto su sano criterio, para contrariar la aseveración de David, de que bastaría ocupar á México para ser dueños del país. Recordó con tal motivo la vasta extensión de éste, la existencia de muchas ciudades importantes. Suponiendo el caso de que, una vez ocupada la capital, se estableciera el gobierno de Almonte, el de Maximiliano ó el de cualquiera otro príncipe de Alemania, fecunda en soberanos, sostuvo que habría siempre necesidad de perseguir en el interior de la república al representante de la nacionalidad mexicana, tarea para lo que no bastarían todos los tesoros de la Francia.

Agregó que lo que hoy se dice del honor de la bandera, será forzoso repetirlo mañana; y caminándose de falta en falta, resultará la imposibilidad de retirarse, con lo que se convertirá la cuestión de México en una nueva ocupación de Roma, sin la gloria de haber sostenido un gran principio, y se gastarán por año cincuenta millones de francos, y se enviarán también por año treinta mil hombres.

La conclusión del elocuente tribuno, fué un enérgico resumen de su peroración. La expedición fué emprendida por informes mentirosos. Las condiciones inaceptables del ultimatum francés, ocasionaron la ruptura con España y con Inglaterra. La guerra se prolonga con infracción de los derechos de los mexicanos, con mengua de los intereses de la Francia. La cámara debía separar su responsabilidad de la del gobierno, imitando al orador que salvó la suya por medio de una protesta solemne,

## DISCURSO DE BILLAULT.

Con el énfasis que le es genial, se comprometió el audaz ministro sin cartera, á vindicar completamente la política de la Francia, de todas las acusaciones que se le habian dirigido. Ya veremos cuán mal cumplida fué esta arrogante promesa.

Billault se quejó de que, en ciertas frases de la enmienda, se hubiera faltado á la cortesía del language, que es de uso tradicional en los gobiernos parlamentarios, é indicó que tal libertad probaba la de la emision de los pensamientos.

Nosotros no hemos encontrado la descortesía que se menciona, por lo cual creemos que los oidos del ministro, acostumbrados al acento de la adulacion, encuentran duras todas las palabras pronunciadas en el tono severo, aunque templado, de la verdad. En cuanto á la libertad del pensamiento, comprobantes innegables son de su falta de existencia, la prohibicion de que la prensa hable de los negocios de México, á no ser en sentido imperialista, y la detencion en la frontera de cuanto se escribe en países extranjeros contra la política napoleónica. En la misma tribuna, el orador de oposicion no puede formular sus reconvenciones sino en medio de rumores y reclamaciones incesantes, que acaban por ahogar su voz, ó por decidirlo á callarse, como sucedió á Julio Favre en su réplica al discurso que vamos á analizar.

Para justificar la expedicion, recordó Billault las falsas alegaciones presentadas como causas suficientes para determinarla. La servil asamblea que le escuchaba, las admitió todas como probadas, cuando en manera alguna lo están.

Negamos que tenga la Francia motivo para quejarse de res convenciones sucesivas; las de 1853, 1859 y 1861. La

primera ha sido tan fielmente observada, que no falta para su final cumplimiento mas que el pago de una cantidad insignificante, que estaria ya cubierta á no ser por la expedicion. La segunda ha sido igualmente respetada, no obstante la especie de alevosía con que se celebró, en circunstancias terribles para el país, con el gobierno constitucional, á quien únicamente se reconocia para cobrarle. La tercera no llegó á formalizarse por falta de la indispensable aprobacion del congreso mexicano, siendo muy de extrañar que todo un ministro del emperador dé el nombre impropio de convencion, á un proyecto de arreglo que no llegó á asumir aquel carácter.

Negamos que las convenciones mencionadas estipulasen únicamente la reparacion de asesinatos, extorsiones, saqueos y robos. Estipulaban tambien, en no pequeña escala, el pago de perjuicios imaginarios, ó indemnizaciones que salian á razon de ciento por uno. La escandalosa dependencia en que hemos vivido hasta aquí de la diplomacia extranjera, hacia figurar como créditos convencionados, abusos de todo género. Si algunas sumas provenian de atentados verdaderos, en ellos ninguna parte tenian las autoridades supremas, que jamas han intervenido en saqueos y asesinatos. Y por otra parte, si por esos atentados verdaderos ó falsos estaba ya estipulada la correspondiente reparacion; y si ésta, como hemos visto, se llevaba á efecto con exactitud, habia desaparecido ya todo motivo de queja contra un gobierno que habia pasado por cuanto se le habia exigido en favor de los interesados.

Negamos que Juárez haya violado las convenciones, rehusado cumplirlas y apoderádose de los fondos que les estaban consignados. Una breve suspension temporal, exigida por el deber de la propia conservacion, no merece cargos tan